

PASEO PELIGROSO

Por *Lucinda Robertson*

-¿QUE pasa, mamá? -preguntó David cuando entró en la cocina con Mateo, de regreso de la escuela, en el momento en que su madre colgaba el receptor del teléfono.

-Estoy preocupada -replicó su madre dirigiéndose a sus dos ansiosos muchachos-. Recibí hoy un telegrama de la tía Lelia. Abuelita está muy enferma. La tía Lelia quisiera que fuera enseguida, porque abuelita está sumamente enferma.

-Oh, mamá, lo siento mucho por abuelita -dijo David-.

¿Cuándo iremos?

-Tendré que salir esta noche en avión. Papá piensa que Uds. podrán quedarse solos aquí en casa.

-A mí también me gustaría ir -dijo Mateo muy serio. Mateo tenía tres años mas que David y nunca había salido de la casa ni se había separado de la mamá. Estando ausente la mamá, la casa le parecería muy extraña.

-Oye, Mateo -sonrió David-. Aquí lo pasaremos bien con papá.

-Cuando Uds. entraron, estaba hablando con la Sra. Marcos. Como ella vive al lado, dice que puede llevarlos a la escuela de mañana, y traerlos a casa por la tarde, y Uds. pueden quedarse en la casa de ella hasta que papá vuelva, poco después de las cinco.

-¿Por qué molestar a la Sra. Marcos, mamá? -preguntó David-. Podemos ir a la escuela en bicicleta. Seremos muy cuidadosos. Yo casi tengo diez años. Hay muchos chicos que van a la escuela en bicicleta.

-No, hijo -respondió la mamá-. A la hora en que Uds. tendrían que ir a la escuela, hay mucho tránsito en la carretera. Estoy segura de que hay muchos chicos que van a la escuela en bicicleta, pero quizás ellos no tienen que ir por la carretera. La Sra. Marcos se ha ofrecido para llevarlos, y yo me sentiré más tranquila sabiendo que no tienen que ir en ese tránsito tan congestionado.

-Por favor, mamá -rogó Mateo-. Tengo siete años y estoy en segundo grado, y seguiré cuidadosamente a David. Déjanos ir en bicicleta.

-No, chicos. Ya he hecho todos los arreglos. Estaría preocupada si supiera que van a la escuela en bicicleta. Uds. saben que cada día le pedimos a Jesús que nos guarde de todo peligro. No sería prudente que nosotros mismos nos pongamos en peligro innecesariamente.

-Muy bien, iremos con la Sra. Marcos, pero no somos bebés -protestó David-. Conocemos las leyes del tránsito.

Esa noche los muchachos y el papá observaron el gran avión que corría por la pista con la mamá a bordo. Cuando regresaron del aeropuerto, la casa parecía un poco sola, y David trató de evitar que Mateo pensara mucho en la ausencia de la mamá.

Estando la madre ausente, los días no parecían pasar tan rápido. A David no le gustaba quedarse en casa de la Sra. Marcos, después de la escuela. De modo que decidió que iría a su propia casa y haría sus tareas escolares y entonces, justamente antes de las cinco, volvería a casa de la Sra. Marcos y esperaría con Mateo en el porche hasta que llegara su papá.

-Papá -comenzó diciendo David el lunes de mañana, una semana después de la partida de su mamá-, ¿podemos ir Mateo y yo en bicicleta a la escuela para no molestar a la Sra. Marcos? Es sólo un poquito más de un kilómetro. Seré muy cuidadoso y cuidaré de Mateo.

-No, hijo no hablemos más de eso. La carretera no es un lugar para un ciclista. Hasta las cinco -dijo tomando su portafolio y salió de la casa.

-A la mañana siguiente Mateo estaba lloriqueando. Se quejaba porque tenía que hacer la cama. Lloriqueó a la hora del desayuno. El papá lo miró por unos instantes.

-Joven, es mejor que hoy se quede en casa. Iré a la oficina y me traeré trabajo -dijo, y volviéndose a David añadió:- ¿Te quedarás con Mateo hasta que yo vuelva? Llama por teléfono a la Sra. Marcos y



pregúntale si le es posible venir un poco más tarde a quedarse con Mateo, mientras yo te llevo a la escuela.

David llamó por teléfono a la Sra. Marcos. Le dijo que Mateo no se sentía bien y que el papá lo llevara a él a la escuela cuando regresara de la oficina. Le preguntó si le sería posible quedarse acompañando a Mateo mientras el papá lo llevaba a él a la escuela. Después de haber hecho la llamada, fue a la cocina para poner en orden las cosas que habían usado para el desayuno.

David había terminado de barrer el piso cuando se le ocurrió una idea.

- ¿Cómo te sientes, Mateo? -le preguntó a su hermano menor.

-Me siento mejor.

-¿Quieres ir a la escuela?

-Me parece que sí -replicó Mateo-. Cuando papá regrese puede llevarnos a los dos. Me parece que no estoy tan enfermo como para quedarme en casa.

-Le podemos ahorrar un viaje a papá -dijo David-. Podemos llamarlo por teléfono y decirle que iremos a la escuela. Podemos ir en bicicleta.

Mateo miró a David sorprendido.

-Pero... pero... - Mamá y papá los dos dijeron...

David ya estaba llamando por teléfono a la oficina del papá. Respondió la secretaria.

-No, David tu papá todavía no llegó. ¿Quieres dejar un mensaje para él?

-Bueno... no... quiero decir..

-David hizo una pausa-. Sí, dígo que Mateo se siente mejor y que que re ir a la escuela. Ahora papá no necesitará regresar a casa. Gracias, Srta Carlota. Adiós.

-¿Crees que está bien? - -pregunte

Mateo un poco incómodo cuando sacaron las bicicletas del garaje.

-Por supuesto -respondió David-. Lo único que te pido, es que cuando vayamos por la carretera, no te alejes de mí.

Todo iba saliendo bien. Los muchachos estaban a punto de abandonar la carretera, y entonces les faltaría recorrer sólo una cuadra para llegar a la escuela. David se volvió para mirar a su hermano.

-¿Ves? Fue fácil, ¿no es cierto? -le dijo mirando a su hermano sobre su hombro. Pero cuando volvió a mirar hacia adelante, vio un gran camión que entró en la vía de tránsito donde él estaba. El no había visto la señal de la luz que dio el camión, y no pudo detenerse a tiempo para evitar un choque. de modo que se echó hacia un lado de la ruta y, sin poder evitarlo, fue a dar a la cuneta.

Cuando Mateo vio caer a su hermano en la cuneta, gritó. El también salió de la ruta y saltó de la bicicleta. David estaba tendido en la cuneta, debajo de su bicicleta, inmóvil y muy pálido.

A los pocos instantes llegó un policía y otro hombre que apartaron la bicicleta torcida y llevaron a los dos muchachos a la sala de emergencia del hospital. El médico dijo que David había sido inteligente al tirarse hacia la cuneta en lugar de chocar contra el camión. Todo lo que tenía era una pierna rota y un chichón en la cabeza.

Pero Mateo repetía sin cesar:

-No, no fuimos inteligentes. Los dos fuimos necios.

Pero nadie parecía entender lo que él quería decir hasta que el papá llegó al hospital. Entonces Mateo no pudo reprimir por más tiempo las lágrimas.

-Esta ha sido una lección muy cara, hijito -dijo el papá rodeando con su brazo a Mateo-. Estoy seguro de que Uds. ya han recibido el pago por su desobediencia.